

26. PARÁBOLA DE LOS DOS HERMANOS

Introducción. Me parece de una delicadeza exquisita la que tiene Jesús con nuestras vidas. Él es capaz de reconocer como nos hemos acostumbrado a tener una doble vida. Por un lado, nuestra vida pública, social, laboral, “empresaria”, externa, en la que hacemos de nuestras vidas una “marca”, un “branding”. El branding es la gestión estratégica de una marca, que incluye el diseño, la comunicación y el posicionamiento para crear una identidad única y conectar con el público a un nivel emocional. Se trata de todo lo que hace a una empresa reconocible y diferente, desde su logotipo y colores hasta el tono de voz y la experiencia del cliente, con el objetivo de generar lealtad y diferenciarla de la competencia. Esa dimensión pública nos obliga a vivir más pendientes de los que otros opinan, valoran y reseñan de nosotros, que de lo que con honestidad nosotros queremos vivir. La "parábola de los dos hermanos", incide directamente en la invitación a que nuestra vida se construya en lo que hacemos, en lo que somos y no tanto en lo que publicitamos, el humo que vendemos, en la imagen que proyectamos, las promesas incumplidas que realizamos. Un padre pide a sus dos hijos que trabajen en su viña. El primero dice que no, pero luego va y trabaja; el segundo dice que sí irá, pero no va. A veces tenemos muy buenas intenciones, buenos propósitos y deseos, palabras políticamente correctas, pero a la hora de la verdad optamos por nuestro interés, nuestro gusto o nuestra comodidad. Nos desdecimos continuamente y reconocemos la distancia entre lo que soñamos y lo que vivimos. En otros casos somos más directos, más bordes, más impopulares, pero nuestros hechos demostramos cada día que estamos cuando nos necesitan.

Lo que Dios nos dice. *«¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: “Hijo, ve hoy a trabajar en la viña”. Él le contestó: “No quiero”. Pero después se arrepintió y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: “Voy, señor”. Pero no fue. ¿Quién de los dos cumplió la voluntad de su padre?». Contestaron: «El primero». Jesús les dijo: «En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis» (Mt 21,28-32).*

Jesús la usa para enseñar que los pecadores arrepentidos como los publicanos y las prostitutas, que creen en Juan el Bautista están más cerca del Reino de los Cielos que los líderes religiosos que decían estar de acuerdo, pero no actuaban. Y es que Jesús es capaz de reconocer nuestra capacidad de cambiar, de ser reflexivos y que podemos cambiar de opinión porque equivocarse es humano. Pero podemos reaccionar y convertir nuestras palabras y nuestros gestos en opciones de amor. La misericordia de Jesús por nosotros es infinita y su paciencia eterna. No quiere que respondamos lo que él quiere por imposición. Su deseo es que nuestras opciones estén motivadas por su mismo amor. De la misma calidad de amor que recibimos y nos envuelve, salga la respuesta generosa de amor que entregamos. Ese es el verdadero culto espiritual. Obras son amores y no buenas razones. Por eso es necesario tener un espíritu continuo de discernimiento.

«Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rom 12,1-2).

Imagino al padre diciendo al día siguiente por la mañana, chicos vamos a la viña. Y el buen hijo no se presenta, y el hostil, el conflictivo allí estaba, vestido para el trabajo y con una sonrisa sincera en el rostro. El amor por su padre le hizo recapacitar. Dejar su orgullo, su comodidad, su pereza y estar allí dispuesto a poner sus mejores energías. Agradecemos las personas que creen profundamente en nosotros. Las que esperan siempre lo mejor de nosotros, aunque no nos salgan a la primera. Somos salvados por quien nos da segundas oportunidades.

Cómo podemos vivirlo. Seamos de las personas que siempre ofrecen segundas oportunidades. Pongamos nuestro orgullo y nuestro rencor a congelar y dejemos que el sol derrita nuestras intransigencias. Todos nos hemos equivocado y hemos visto una bendición salvadora en quien ha permanecido junto a nuestras salidas de tono. El padre de la parábola es el mismo del hijo pródigo. Si fue capaz de hacer fiesta por el hijo menor que se gastó toda la herencia viviendo como un libertino, cómo no sabrá perdonar nuestras palabras cargadas de buena intención pero que se quedan en nada. Que la paciencia de Dios sea nuestra salvación y que nuestro ejercicio de paciencia deje espacio para que los demás puedan ayudarnos en nuestras necesidades.